

CARI /

José María Cantilo

*José María Cantilo*

16

**José María Cantilo**  
**1877-1953**

José María Cantilo

# José María Cantilo

## 1877-1953

José María Cantilo

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 16 - Diciembre 1999

ISSN 1668-9666

El Jockey Club de Buenos Aires se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.

Alfredo Lalor

Presidente

# INDICE

José María Cantilo .....	6
Apéndice	
Discurso del Dr. José María Cantilo al inaugurar la Conferencia de Lima (9-XII-1938) .....	21

El amor por Francia, sólo superado por su inmensa pasión argentina, orientó los años de juventud de José María Cantilo. Hijo de Francisco Cantilo Muñoz y Herminia Botet Álvarez Thomas, nació en Buenos Aires el 23 de agosto de 1877.

Pertenecía a una familia que habitaba la Argentina desde 1730 y había dado al país periodistas, parlamentarios, poetas y políticos de primer rango. Pocos años lo separaban de su primo hermano y entrañable amigo José Luis Cantilo Ortiz Basualdo, quien se convertiría en importante figura de los gobiernos de Hipólito Yrigoyen, en los que actuaría como Intendente de la Capital y gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

José María Cantilo era apenas un niño cuando fue llevado a París, en cuyo Colegio de la rue Madrid hizo sus primeros estudios. También allí completó su bachillerato y más tarde sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de la Sorbona.

Fue también en París donde se enamoró de una joven argentina con la cual habría de transcurrir el resto de su vida. Rosa Martínez Chas, su inseparable Rosita, se casó con él al iniciarse el siglo y en los años siguientes le dio tres hijos. Fue la etapa más romántica en la vida de Cantilo. Sus primeros libros de poesía, publicados en francés, reflejaron ese estado de ánimo y esa ligazón con el país galo: *Jardins de France*, en 1906, y *Eclosion d'âme*, en 1910.

Pero los lazos con su patria eran mucho más fuertes. Su deseo de representarla en el exterior lo condujeron, como todos los caminos, a Roma. Allí inició, en 1906, su carrera diplomática como Segundo Secretario de la Legación ante el Quirinal, a cuya cabeza estaba Rodolfo Moreno. Al año de su nombramiento, Roque Sáenz Peña, envuelto en su aureola heroica arribó a la capital italiana para asumir la jefatura de la Legación y, de inmediato, distinguió con su amistad al joven y talentoso Secretario.

En una conferencia pronunciada en el Jockey Club veintiséis años más tarde, Cantilo evocó a dos figuras de excepción de la política latinoamericana: el barón de Río Branco y Sáenz Peña, y en aquel entonces dijo de éste último: "Sáenz Peña era entonces un hombre en la madurez, de apariencia fuerte y sana. No tenía ya, bien entendido, aquella postura, aquel aspecto romántico que le era característico en la juventud, a juzgar por los retratos que de él he visto. En cambio, los años y el vivir habían acentuado la fuerza expresiva de su fisonomía y sustituido la arrogancia juvenil por la gravedad y la nobleza del porte. Había sobre todo en él, en su físico y en su manera, en toda su persona, la marca de superioridad, esa irradiación del espíritu, modelando, transfigurando la efímera envoltura. Cuando trato de desentrañar de mis recuerdos cuál fue la impresión que causó en nosotros, cuando trato de desentrañar la característica de Sáenz Peña en su comercio cotidiano, pienso que era ésta: el don de autoridad, ese algo indefinible, en que entran por igual la inteligencia y el corazón y que atrae y promueve el respeto y el afecto, pero excluye la familiaridad. Los que hemos sido sus subalternos, los que hemos participado de su vida pública y un poco de su vida familiar sabemos que ese influjo misterioso que creaba una especie de zona de protección en torno de su persona y de sus ideas, no era egoísmo en el sentido vulgar de la palabra. Tal vez fuera ese egoísmo superior que es una forma de la rectitud y de la firmeza del convencimiento

substraído voluntariamente a las solicitudes exteriores, pero nunca en desmedro de la delicadeza del sentimiento y de los afectos. En la tarea de la delegación se reservaba para sí lo importante, confiando en el personal para los demás, y, si alguna vez se apoderaba de algún detalle, de un asunto accidental al parecer sin trascendencia, era porque veía en él alguna relación con un principio o con un idea más amplia y para extraer de él, con ese poder de transposición emanado de su altura de vistas, y que le era peculiar, una serie de conceptos generales en el terreno de los intereses públicos o de la moral política”.

El paso diplomático de Cantilo por Roma -no sería el único- duró sólo dos años. Como Primer Secretario fue trasladado a Río de Janeiro, donde su brillante gestión lo convirtió en Encargado de Negocios durante los dos años siguientes. Retornemos a la mencionada conferencia de Cantilo en el Jockey Club para encontrarnos con la descripción que él traza del barón de Río Branco: “Por su aspecto físico, Río Branco no parecía brasileño: era una especie de gigante bonachón, de tipo más bien nórdico, de tez muy blanca, rasgos acusados, y tenía una de esas calvicies nobles e imponentes que parecen más bien que calvicie exageración de la frente. Rasgo que lo diferenciaba de sus connacionales: no era orador. Si tenía que hablar, escribía y leía y si alguna vez le tocaba improvisar un homenaje o un agradecimiento, lo hacía con palabras familiares y sencillas. Canciller, lo era en todo instante. Donde él estaba, estaba el ministerio, estaba la biblioteca, y había logrado tal autoridad en sus funciones que podía emprender cualquier empresa, decidir cualquier acción, sin titubeos ni precauciones, sin esa desconfianza en los demás que en otros países cohíbe a los ministros, acosados por críticas partidistas. Lo que el barón hacía estaba bien hecho. Entre nosotros, unos han considerado al barón de Río Branco como un enemigo implacable de la Argentina, otros como un amigo *méconnu*. Tan erróneo es lo uno como lo otro. Río Branco no tenía amistades preconcebidas en materia de política internacional. Todo estribaba para él en la conveniencia de su país y por ende de su personalidad y también en las contingencias del momento. Era un apasionado, pero no un sentimental. Lo que quizá nos perjudicaba en su espíritu era la tradición política imperial que perduraba en él, a pesar del tiempo y de los cambios. Le costaba convencerse de que la política del Brasil debía tomar nuevas orientaciones y mirar hacia otros lados. Sin embargo, Río Branco sirvió la causa de la paz y de la fraternidad americana. Basta recordar la larga lista de tratados de arbitraje que llevan su firma y la amplia colaboración prestada en la obra mediadora que evitó la guerra entre el Perú y el Ecuador.

Y, párrafos más adelante, Cantilo relata con precisas palabras el encuentro, en la capital brasileña, entre Río Branco y Sáenz Peña, convertido, a la sazón, en Presidente de nuestro país: “Me tocó ser encargado de negocios en Río en aquel período difícil de nuestras relaciones, y vivir aquellas horas turbias, en un ambiente cargado de extrañas suspicacias, las mismas que había en Buenos Aires en torno de la representación brasileña, y en víspera de la llegada de Sáenz Peña tuve el honor de firmar con el barón de Río Branco un acta que ponía termino a una serie de incidencias desagradables. Vale decir que vi de cerca y pude valorar en toda su importancia los efectos inmediatos de la visita de Sáenz Peña al Brasil. El barón de Río Branco le brindó inolvidable acogida.

Puso en movimiento su autoridad, que era enorme, para que la recepción fuera todo lo significativa, todo lo calurosa posible. Y así fue. Y bastó la llegada de Sáenz Peña, su presencia, bastaron sus altas y generosas palabras para que todo cambiara. Donde imperaba la desconfianza y el recelo hubo fe y esperanza. Trocarse en la aclamación entusiasta la sorda protesta popular y, cuando el crucero *Buenos Aires* se alejó de la bahía maravillosa llevándose al huésped eminente, quedaba en el aire carioca todo un frémito de banderas argentinas y brasileñas entrelazadas y el eco que aún perdura de aquellas palabras: "todo nos une y nada nos separa". Se habían precipitado, por virtud de una química milagrosa, todas las substancias que enturbiaban el espíritu público de los dos países y -vueltas al cauce tradicional- sus relaciones recíprocas recobraban nitidez y transparencia".



En la embajada argentina en Italia, el 25 de mayo de 1907.  
José María Cantilo aparece entre el consejero Martínez De Campo y  
el Dr. Roque Sáenz Peña, todos en riguroso uniforme diplomático



Admirado por la labor de Cantilo en Brasil, Sáenz Peña retornó a Buenos Aires y lo convocó a su lado como Secretario Privado. La experiencia dejaría huella indeleble en el ánimo de Cantilo por la energía ciclópea con que el genial político defendió e impuso lo que en un principio parecía sólo la quimera de un romántico: la ley del voto secreto y universal.

El Ministerio de Relaciones Exteriores funcionaba, por ese entonces, en la Casa Rosada. No necesitaba pues Cantilo abandonarla para ejercer en 1912 sus nuevas funciones como Subsecretario de Relaciones Exteriores durante los Ministerios de Ernesto Bosch y José Luis Murature.

Pero sus ansias de levantar vuelo, de continuar su recorrida por el mundo sirviendo a su patria, lo llevaron en 1915 al Paraguay, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. Cuatro años habría de dirigir la representación en el país limítrofe, donde cosecharía gran número de amigos. En los momentos de quietud, en las maravillosas tardes de Asunción nacieron de su inspiración una novela de costumbres de su patria, que bautizó *Los desorbitados*, y un volumen de cuentos que la editorial Tor publicó en Buenos Aires bajo el título de *La ganga*. Ambos obtuvieron notable suceso en el ambiente literario argentino. El diario *La Nación* recibió a *Los desorbitados* con esta reseña: "Por el acierto de sus retratos y de muchas disciplinas de ambiente y paisajes, por la pulcra serenidad de su estilo preciso y diáfano, por el dominio del lenguaje y el espíritu de sus héroes, el señor Cantilo merece ser considerado uno de los buenos entre los mejores y escasos cultivadores que la novela cuenta entre nosotros. Su obra se lee con interés, despréndese de ella un vaho de distinción que no ahoga el acre olor de algunas verdades dolorosas y justifica, en fin, el éxito pleno con que ha entrado en la circulación".

Era hora de volver a Europa. Hipólito Yrigoyen, cuyo trato había frecuentado en Buenos Aires, designó a Cantilo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Portugal. Siete años -su período más extenso en una misma misión- había de transcurrir en Lisboa. Fue un lapso tumultuoso para la política interna de la República Portuguesa: una sucesión de revoluciones, convertidas en mal endémico del país, prepararon el camino a la dictadura del general Carmona. El enviado argentino se transformó en observador e informante de excepción y en figura destacada del cuerpo diplomático. Su yerno, el Embajador Antonio Leite de Faria, quien acaba de cumplir 95 años y es el decano de los diplomáticos portugueses, me recordaba hace tiempo una anécdota que pinta cabalmente aquellas épocas. Deseoso de agasajar al canciller de turno, Cantilo lo invitó a una recepción en su residencia. La situación interna era muy tensa y se dudaba que el Ministro concurriera. Sin embargo se hizo presente y, a sólo media hora de llegar, recibió confidencialmente la noticia de la destitución de su gobierno por un golpe militar. Muy apesadumbrado, el Canciller informó del hecho a Cantilo y le rogó lo autorizara a retirarse. "De ninguna manera -le respondió nuestro diplomático-, Su Excelencia ha entrado en la casa argentina como Ministro y como Ministro saldrá". Y la recepción siguió adelante y llegó a buen puerto en medio del fragor de los disparos que llegaban de la calle.

Promediaba la misión de Cantilo en Portugal cuando Marcelo Torcuato de Alvear fue elegido presidente argentino. Alvear, quien mantenía con Cantilo una amistad que se iría acrecentando con el transcurso del tiempo, había dejado vacante la titularidad de la Legación en Francia en la cual se había desempeñado durante cinco años. Muchos pensaron que Cantilo era el mejor candidato para su cederlo allí. El diario de oposición *La Fronda*, que dirigía Pancho Uriburu, publicó un artículo que vale la pena reproducir por el estilo pintoresco con que está redactado:

"La Legación en París: Un candidato:

"En uno de nuestros primeros centros sociales se comentaba anteayer la prolongada vacancia de la legación en París, y la opinión unánime de los presentes coincidió en un candidato cuyo nombre habíamos oído también en algunos círculos allegados al gobierno, el ministro en Portugal, señor Cantilo.

"No vacilamos en recoger esa candidatura y prestarle nuestra aprobación más decidida.

"José María Cantilo es hoy una de las buenas excepciones en nuestro pobre cuerpo diplomático. Muy inteligente, con una exquisita cultura literaria, habituado al estudio y la observación de los problemas de política y de gobierno, con un corazón leal y abierto a todas las emociones nobles, tiene, además, condiciones "de tacto, discreción y permanente preocupación patriótica, bien acreditados en "su brillante carrera.

"No es un "rastaquere", ni un "nouveau riche", ni repetiría la común historia del impertinente sudamericano que pretende deslumbrar a esos viejos y sutiles medios europeos.

"Mejor que cualquier plutócrata iletrado o cualquier político "gaffeur", representará dignamente a nuestro país en aquella gran capital, cuyo recuerdo no podemos evocar sin emoción y con sentir el vivo deseo de volverla a ver lo más pronto posible.

"Si para los altos cargos diplomáticos -en los que no se representan tendencias políticas, sino a toda la Nación- algo valen los antecedentes y las condiciones, la designación a que aludimos significaría un oportuno y justiciero acto de gobierno".

(*La Fronda*, 12 de mayo de 1923)

Pese a la inesperada mano que *La Fronda* tendió a Cantilo o, muy probablemente a causa de la misma, Alvear eligió para él otra capital: Berna.

Fue Ángel Gallardo, casado con una prima de Cantilo, quien -como Ministro de Relaciones Exteriores- le comunicó su nuevo destino.

Durante esa misión Cantilo alternó sus funciones como Enviado ante el gobierno de la Confederación Helvética con las de Delegado argentino ante la Sociedad de las

Naciones, organismo del cual Argentina había dejado de formar parte activa en 1920 manteniéndose como Observador.

Los mismos principios que motivaron el retiro argentino fueron ratificados por Cantilo el 1 de septiembre de 1926 con estas palabras: "Llamada a pronunciarse sobre la reorganización eventual del Consejo, la Argentina debía, pues, y se debía a sí misma, impedir en todo lo posible cualesquiera modificaciones que fueren en contra del principio de la igualdad de los Estados, principio que considera fundamental para que la Sociedad de las Naciones pueda alcanzar unida el alto ideal que representa y las grandes esperanzas que ella ha hecho nacer en el mundo. Debo añadir que en todas las conferencias internacionales, tanto en América como en Europa en que le cupo ser representado, mi país ha sostenido los mismos principios de igualdad y de democratización. En consecuencia, en lo que respecta a la composición del Consejo, ajustará su actitud a las tradiciones jurídicas argentinas que reconocen las siguientes bases: 1) Igualdad jurídica de todos los estados soberanos, 2) Aumento del número de miembros no permanentes en el Consejo, en atención a la universalidad de la Sociedad de las Naciones, si las necesidades actuales lo exigen, 3) Adhesión sin reservas a toda solución que contribuya a la mayor armonía por el sistema de la rotación, y 4) La reelegibilidad reglamentada en forma estricta y excepcional, sin crear privilegio especial alguno. Con tales enunciados mi gobierno está por resolver equitativamente las diferencias actuales puestas de relieve por algunos Estados hasta el presente excluidos".

Dos años después, en plena discusión sobre el Pacto de la Sociedad, y ante el hecho de que dicho Pacto consideraba la Doctrina Monroe como acuerdo regional, Cantilo formuló ante el Comité de Seguridad y Arbitraje de la Sociedad la siguiente declaración: "La doctrina Monroe constituye una declaración de Estados Unidos. La política consentida en dicha declaración, oponiéndose en su tiempo a los propósitos de la Santa Alianza y alejando las amenazas de reconquista europea en América, nos prestó en los días iniciales de nuestra existencia, y por una feliz coincidencia de principios, un gran servicio que reconocemos plenamente, y en este sentido ha hecho y hará siempre gran honor a Estados Unidos, cuya historia política cuenta al servicio de la justicia tantas y tan bellas páginas, pero sería inexacto, es totalmente inexacto, como lo hace el artículo 21, aun a modo de ejemplo, dar el nombre de Pacto o Acuerdo Regional a una declaración política unilateral que jamás, que yo sepa, ha sido aprobada explícitamente por los demás países americanos".

Las añoranzas de la patria lejana se acrecientan. Pero no fue a ella sino al vecino Uruguay donde José María Cantilo llegó como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario. A lo largo de tres fructíferos años desarrollaría allí una valiosa labor en pro de la hermandad rioplatense.

Y luego, de nuevo a Europa. Otra vez Italia a donde llegó como Embajador y donde un cuarto de siglo atrás había iniciado su carrera. Las circunstancias, sin embargo, eran muy diferentes. Mussolini proseguía incontenible con el proceso que había comenzado con la Marcha sobre Roma. El parlamentarismo había sido sustituido primero por el corporativismo y más tarde por el fascismo. Cantilo presentó sus credenciales al rey

Víctor Manuel III y se entrevistó con el Duce, quien, con su característica altanería, le recordó "lo mucho que la Argentina le debía a Italia". El Embajador le respondió "que su país fue asilo generoso para millares de inmigrantes peninsulares y que, en ningún caso puede hablarse de una deuda unilateral". Sin embargo, añadió, que "su misión tendrá como objetivo mantener y ensanchar la tradicional amistad entre ambos países".

El lustro de permanencia en la Italia fascista no fue fácil para Cantilo. Un interesante testimonio sobre su personalidad nos lo da Tito Livio Foppa, un personaje bastante curioso que había aterrizado en la carrera consular procedente del periodismo. Foppa había llegado a Italia como Cónsul Argentino en Ancona, poco después de Cantilo, quien no estaba demasiado conforme con un nombramiento que no le había sido consultado. Por eso mismo vale la pena transcribir la opinión de Foppa -en su libro *Servicio Exterior* sobre su superior: "El señor Cantilo no encarnaba el tipo, otrora frecuente entre nosotros, del diplomático de *papier mache*, frondosa antología de lugares comunes, grave, tieso, impenetrable en la inarrugable envoltura del jaquet profesional, abroquelado en largos silencios llenos de hueca solemnidad. Nuestro Embajador en Roma no era solemne, era un hombre inteligente, culto, sensible a las manifestaciones intelectuales y artísticas y, como pude apreciarlo más tarde, dotado de agudo y claro espíritu de observación, ensombrecido algunas veces por ciertos arraigados *partipris*. Era un diplomático de larga y brillante actuación, formada su mentalidad en la cultura francesa, con exclusión casi absoluta de cualquiera otra. En Francia había moldeado su personalidad espiritual -Montaigne, Voltaire, Vigny- fina, elegante y escéptica, que le cuadraba bien solamente en los días de buen humor. Con todo, fue uno de los mejores representantes diplomáticos que hemos tenido en la carrera, a la cual respetó y honró".

Cantilo debió alternar su misión en Italia con otras igualmente delicadas en Ginebra y en Buenos Aires. En los años 1936 y 1937 fue designado Presidente de la Delegación Argentina a las decimoséptima y decimoctava asambleas de la Sociedad de las Naciones.

En tal carácter recibió del Consejo la honrosa misión de integrar un Comité Tripartito para planear la organización electoral del plebiscito por el problema del Sarre. Los otros dos miembros del Comité eran el barón Aloisi, por Italia, y López Oliván, por España. Si bien el resultado del plebiscito favoreció las aspiraciones alemanas, la limpieza del proceso y la equidad con que actuó el Comité fueron unánimemente destacadas. A fines de febrero de 1935 Aloisi, Cantilo y López Oliván llevaron a cabo, en nombre del Consejo, la transferencia formal del Sarre al gobierno alemán.

El más dilecto de los amigos de Cantilo en la Sociedad de las Naciones fue Salvador de Madariaga. Quizás por sus afinidades literarias o, más probablemente, por sus mutuos temores ante los peligros que se cernían sobre la humanidad, el español y el argentino mantuvieron una sólida relación que se prolongó en el futuro. La dedicatoria de la estupenda biografía de Cristóbal Colón, escrita por Madariaga, reza: "A José

María Cantilo, recuerdo de nuestras navegaciones por el lago de Ginebra en busca del nuevo mundo de la paz".

El Canciller argentino, Carlos Saavedra Lamas, organizó para fines de 1936 una Conferencia Interamericana en Buenos Aires. El presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt aceptó concurrir a la inauguración de la misma. El futuro Premio Nobel de la Paz comprendió que era preciso integrar una delegación de primerísimo orden, especialmente porque a la cabeza de la representación norteamericana estaría Sumner Welles. Convocó pues como Delegados Plenipotenciarios a los embajadores en Estados Unidos e Italia, Felipe Espil y José María Cantilo, y los unió al Ministro de Hacienda, Roberto Ortiz, el de Agricultura, Miguel Ángel Cárcano, al ex Ministro del Interior, Leopoldo Melo, a Isidoro Ruiz Moreno, Consejero Legal de la Cancillería, y al Director de Asuntos Económicos de la misma, Daniel Antokoletz. No podía pedirse una constelación más brillante que ese grupo, cuyo Asesor Técnico para problemas económicos era Raúl Prebisch, gerente general del Banco Central. Obviamente Saavedra Lamas ejerció la presidencia de la Delegación y de la Conferencia.

Como se sabe, las negociaciones fueron muy duras pero, en definitiva, se aprobó una convención sobre mantenimiento de la paz, un protocolo de no intervención y una declaración de solidaridad. Uno de los protagonistas de la Conferencia fue el Delegado brasileño, Oswaldo Aranha, quien resultó fundamental en la labor de destrabar el estancamiento producido por los intereses contrapuestos de Argentina y los Estados Unidos.

Cantilo, otro participante muy activo, trabajó en diversos proyectos junto a Ortiz, quien al año siguiente lo visitó en Roma. Hubo entre el político y el diplomático una marcada afinidad respecto al tratamiento de los problemas internacionales. Ambos eran temperamentos democráticos que veían con aprensión el cerco de los totalitarismos sobre un sistema en crisis.

Cuando Ortiz regresó a su patria fue para sumirse en un proceso electoral amañado por Justo, quien abandonaba la presidencia pero deseaba garantizar su retorno en 1944. Merced a un fraude desembozado, el 5 de septiembre de 1937 la fórmula de la Concordancia (Ortiz-Castillo) superó a la del radicalismo, encabezada por Alvear.

En la formación de su gabinete, el nuevo presidente sufrió algunas vacilaciones. Según Félix Luna, en su biografía de Ortiz, le ofreció primero a Enrique Larreta el Ministerio de Relaciones Exteriores, pero el autor de *La gloria de Don Ramiro* rechazó la propuesta aduciendo que encaraba un nuevo libro. Se pensó en Felipe Espil, pero éste presentaba una objeción: su esposa era norteamericana. Entonces el presidente electo se decidió por Cantilo a quien debió rastrear en Suiza a través de trabajosas comunicaciones telefónicas.

Según el testimonio de Mario Amadeo, citado por Luna, "Saavedra Lamas hubiera querido quedar como Canciller, pero Ortiz se lo sacó de encima con mucha elegancia. Lo llamó, siendo presidente electo, y le dijo que por su acabado conocimiento de nuestra diplomacia, sólo él podía aconsejarlo sobre la designación del futuro Ministro. Saa-

vedra Lamas, que podía tener muchos defectos pero era un auténtico señor, asimiló el golpe impasible y le dijo a Ortiz que si deseaba nombrar a un hombre de la carrera, el mejor era Cantilo”.

El autor de tal testimonio, Mario Amadeo, fue nombrado Secretario de Embajada a poco de asumir Cantilo, quien era gran amigo de su padre Octavio Amadeo al que con-  
fió nuestra Embajada en Brasil no bien Julio Roca (hijo) renunció a ella.

Cantilo había alcanzado merecidamente el alto honor de presidir la política exterior argentina.

Los diarios porteños, especialmente *La Prensa*, *La Nación*, y *Crítica*, acogieron con beneplácito el nombramiento de un hombre independiente y profesional a la cabeza de la Cancillería.

Más de un mes tardó Cantilo en asumir sus nuevas funciones, por lo cual no pudo estar presente en el juramento del gabinete. Volvió luego a Roma para despedirse del rey, de Mussolini y del Canciller italiano, el Conde Ciano. Con éste la relación no había sido buena y prueba de ello fue el duro párrafo que el yerno del Duce le dedicara en sus Memorias: “Hoy, 25 de marzo, ha partido Cantilo. No ha sido nuestro amigo como Embajador y no sé si lo será como Ministro de Relaciones Exteriores. Es un demócrata, societario y fatuo más aún societario porque fatuo. No vale mucho, pero está lleno de presunción. En resumen: es un perfecto argentino...”. Opinión paradójica y pintoresca ya que coloca como defectos, y a la misma altura, la fatuidad, el espíritu democrático y el carácter de societario, es decir simpatizante de la Sociedad de las Naciones. Es evidente que Ciano no le perdonó nunca a nuestro país el voto a favor de las sanciones impuestas a Italia a causa de la agresión en Etiopía. Creo honestamente que de tal fuente no podía esperarse otro tipo de comentario.

Cantilo fue Ministro de Relaciones Exteriores poco más de dos años. En tal carácter presidió la Comisión Mediadora que puso término al conflicto bélico entre Paraguay y Bolivia, firmó con Brasil un Tratado comercial y de navegación; durante su visita oficial a Chile suscribió un convenio con el Canciller Gutiérrez sometiendo a arbitraje la posesión de las islas en el Canal de Beagle, facilitó el ingreso de millares de exiliados provenientes de España y en especial los de las provincias vascongadas, y dispuso la total solidaridad con Finlandia al ser invadida ésta por tropas soviéticas, y con Uruguay en el episodio del “Graf Spee”, que motivó permanentes consultas con su amigo y ex colega en Ginebra, el canciller Alberto Guani.

Estos fueron algunos de los puntos salientes de su gestión que, en el orden administrativo interno de la Cancillería, instituyó el coeficiente sobre los sueldos básicos, gracias a lo cual los diplomáticos argentinos pudieron vivir con mayor decoro y holgura en el exterior.

No es el objeto de esta exposición efectuar una detallada reseña de su actuación como Canciller. Creo, sin embargo, que vale la pena destacar dos momentos cruciales de la misma. El primero, su paso por Lima con motivo de la octava Conferencia Interamericana, en diciembre de 1938. Estados Unidos, frente al fantasma de la guerra, pretendía afirmar allí un sistema de solidaridad continental ante eventuales amenazas externas.



El Dr. José María Cantilo en su despacho de la embajada argentina en Roma (diciembre de 1933)

En la sesión inaugural de la Conferencia, Cantilo pronunció un discurso admirable del que rescato estos conceptos:

1. "La solidaridad americana, señores, es un hecho que nadie pone ni puede poner en duda. Todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a sostener y a aprobar esa solidaridad frente a cualquier peligro, que venga de donde viniera, amenazara la independencia o la soberanía de cualquier Estado de esta parte del mundo. No necesitamos para ello de pactos especiales. El pacto ya está hecho en nuestra historia. Actuaríamos con un solo e idéntico impulso, borradas las fronteras y con una sola bandera para todos: la de la libertad y la de la justicia".
2. "Pero la Argentina cree que cada pueblo americano con fisonomía inconfundible debe desarrollar su propia política sin olvidar por ello la magna solidaridad continental ni la gravitación natural de intereses recíprocos que se agrupan por razones geográficas".
3. "Vale decir que nuestra solidaridad continental no puede ser excluyente de la que nos une al resto del género humano y que no podemos desinteresarnos de lo que ocurre fuera de América. La Argentina no lo hizo ni lo hará, no sólo por razones de orden económico, sino por imposiciones históricas y de carácter sentimental".
4. "Sentímonos estrechamente solidarios con Europa por la inmigración que de ella recibimos y que tanto ha contribuido a nuestra grandeza, por los capitales europeos que fomentaron nuestra producción agropecuaria, nuestros ferrocarriles y nuestras industrias. Pero todavía pesa más en nuestros ánimos el recuerdo de los hombres que descubrieron y poblaron estas tierras, la tradición cultural que nos legaron. De España recibimos la sangre, la religión. De Francia y Gran Bretaña, igual que de los Estados Unidos, la orientación doctrinal de nuestras instituciones democráticas. Si a la madre patria debemos las bases de nuestra literatura, la cultura francesa contribuyó a la formación de nuestra vida intelectual, tanto como Italia y Alemania en aspectos importantes de nuestra evolución. Es europea la influencia que predomina en la enseñanza superior de nuestras universidades, como europeos son en general el plan y los métodos de la que se da en nuestras escuelas. Todo esto cuenta en la política internacional de la Argentina, como cuentan, estoy seguro, en todos los pueblos latinos de este continente; como los intereses del Imperio Británico tienen que ser caros y no pueden dejar de serlo a nuestros hermanos del Norte".
5. "Queda así determinada la actitud que la delegación argentina ha de adoptar en esta Conferencia, pero nada de esto ha de sumirnos en exclusivismos unilaterales y sectarios. El universalismo, el espíritu ecuménico es tradición en la patria de aquel que un día, en Washington, expuso como lema de la política internacional argentina: "América para la humanidad".



Los Estados Unidos temían que sus planes se vieran perturbados como lo habían sido dos años antes en la Conferencia de Buenos Aires. El Secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, quien presidía la delegación de su país, se entrevistó con su par argentino, pero nada salió en limpio del encuentro. En sus memorias Hull calificaría esos días como los "más difíciles de su carrera". Cantilo, que había llegado al Perú a bordo del crucero "La Argentina" decidió abandonar prematuramente la conferencia y partió en otra nave, el crucero "Almirante Brown", hacia los lagos chilenos, dejando su delegación a cargo de Isidoro Ruiz Moreno. Esta actitud sorprendió al Secretario de Estado norteamericano quien, en el curso de las deliberaciones, no vacilaría en comunicarse telefónicamente con el presidente Ortiz. Este, a su vez, se puso en contacto con Cantilo, quien, desde los lagos chilenos envió a Ruiz Moreno un proyecto de declaración. En definitiva, y tras arduos debates, se arribó al documento conocido como "Declaración de Lima" que, básicamente, reafirma la solidaridad continental.

El abandono de la Conferencia por parte del canciller argentino ha sido objeto de numerosos análisis. Ya antes de dejar la embajada en Roma, Cantilo había propuesto a los demás gobiernos americanos la postergación por uno o dos años de la reunión de Lima. No habiendo logrado su propósito adoptó, respecto de la misma, una actitud displicente y prefirió redimensionar el nivel de la delegación concurrente, dándole un carácter predominantemente jurídico y confiándola a un experto de los quilates de Ruiz Moreno.

Conversando sobre el tema con dos estudiosos de la política internacional como Enrique Peltzer y Roberto Guyer llegamos a la conclusión de que en ningún caso Cantilo habría actuado así por su sola voluntad y que su actitud debía forzosamente responder a un previo acuerdo con Ortiz. Un año después, y con motivo de otra reunión interamericana convocada por los Estados Unidos en Panamá, Cantilo envió una delegación a cuyo frente colocó a Leopoldo Melo, con instrucciones de eludir compromisos políticos y militares. El resultado más notable de la Declaración de Panamá fue la constitución de una zona marítima de seguridad alrededor del continente, en una extensión que oscilaba entre las 300 y las 1.000 millas, dentro de la cual se prohibía a los beligerantes los actos de guerra.

El otro episodio destacable de la gestión Cantilo fue su iniciativa para revisar el concepto de neutralidad y sustituirlo por el de "no beligerancia". Según la Cancillería argentina "la neutralidad creada para preservar la soberanía, en las condiciones actuales la burla o la disminuye pero no la protege. Es una ficción, un concepto muerto, que debe ser reemplazado dentro de la realidad que vivimos".

Veamos como analizaron Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari en su libro *Política exterior argentina 1930-1962*, la iniciativa de Cantilo: "La propuesta Argentina trataba de devolver al no beligerante una posición de derecho ceñida a la realidad, sin el menor propósito, empero, de aproximar el continente a la guerra. En suma, "al concepto simplemente jurídico de la neutralidad, debe oponerse, en presencia de los intereses supremos de América, una política circunstancial y coordinada de vigilancia". Paradójicamente, esta notable iniciativa argentina no encontró eco en los Estados Unidos.

Sumner Welles señaló a Espil los peligros que entrañaría para su gobierno una declaración tan trascendental, sobre todo cuando hacía pocos meses que el Congreso había sancionado una nueva Ley de Neutralidad con normas que no consideraba conveniente impugnar o discutir. La actitud remisa de los Estados Unidos, que por un instante quedaban a la zaga de la Argentina, estaba evidentemente determinada por circunstancias políticas internas. En particular, el país del Norte se hallaba abocado a una campaña presidencial de las más agrias y reñidas de su historia, en la que la oposición a Roosevelt jugaba una vez más la carta del aislacionismo y exigía que los Estados Unidos no fueran arrastrados a la guerra. Por ello, toda insinuación de abandono de la neutralidad resultaba entonces electoralmente imprudente. Sin embargo, en la práctica, la política norteamericana se acercaba cada día más a la fórmula preconizada por la Argentina. Este lúcido intento de nuestra Cancillería no tuvo éxito en su momento, pero los acontecimientos posteriores se encargaron de atestiguar su oportunidad profética. Por desgracia, los próximos cambios en los equipos gobernantes argentinos, no sólo impedirían que esta línea fuera mantenida, sino que estancarían al país en un neutralismo cada vez más comprometido y anacrónico".

El presidente Ortiz, cuyos intentos para desterrar las prácticas fraudulentas y restaurar la plena vigencia democrática le habían granjeado la simpatía de la mayoría del espectro político argentino, cayó gravemente enfermo. Tras vacilaciones y agitaciones callejeras, el 27 de agosto de 1940 su gabinete presentó la renuncia y el vicepresidente Castillo asumió la titularidad del Poder Ejecutivo.

Cantilo fue reemplazado por Julio Roca (hijo), quien puso como condición mantener los lineamientos internacionales de su predecesor. No era eso lo que pretendía Castillo, quien a los pocos meses lo sustituyó por Enrique Ruiz Guiñazú.

Cantilo se retiró a la vida privada pero mantuvo activa su pluma. Ante el curso de la guerra mundial se agrupó decididamente con los partidarios de los Aliados y publicó numerosos artículos en el periódico *Argentina Libre*. Cuando el ascendente coronel Perón convocó a un grupo de notables a una reunión para exponer sus ideas, Cantilo concurrió y planteó, junto a Manuel Ordóñez, Adolfo Bioy y Rodolfo Molledo, serias objeciones por lo que calificaba como un grave apartamiento de la normalidad constitucional. Y cuando una multitud se volcó por las calles de Buenos Aires para festejar la liberación de París, Cantilo estuvo en la primera fila.

Más tarde las nuevas circunstancias políticas en el país lo devolvieron a la quietud de su poesía. Cantilo, que no poseía casa en Buenos Aires y había residido en el Palacio San Martín durante su Ministerio, alquiló un departamento en la calle Juncal. Allí se encerró, con su familia, entre sus libros y sus recuerdos.

Era el atardecer de su vida, que él describió admirablemente en un poema que voy a permitirme leer:

"Te fuiste, juventud; qué triste es eso, / Pero también qué alivio y qué descanso. / Si la vida ha perdido en embeleso, / Ahora el corazón no pesa tanto. / Se fué contigo el resplandor de aurora / Que hasta el confín del mundo embellecía, / Pero cuánto mejor

se advierte ahora / La casa, la arboleda y el camino! / Besos, himnos de amor, juegos y risas, / Todo eso, juventud, puedes llevarlo: / Tiene el silencio tanto que decirnos / Ahora que sabemos escucharlo! / Tu fuego en nuestra sangre se ha extinguido, / Pero en el alma luz nos ha quedado; / Tal en nórdico cielo alumbra el día / Mucho tiempo después de haber pasado. / Y aquella alondra esquiva que tu fiebre / Persiguiera a lo lejos, siempre en vano, / Mírala: se ha posado y está quieta / Y se duerme en el hueco de la mano".

Con la misma dulzura de la alondra, con la misma discreción y elegancia de toda su vida, José María Cantilo inició, el 29 de julio de 1953, su viaje eterno.

Fue el adiós silencioso de este hombre que hoy he podido evocar aquí con el orgullo de nieto, de diplomático y de argentino.



El Ministro de Relaciones Exteriores argentino, Dr. Cantilo, acompañado por el embajador Federico Quintana, se dirige al Palacio de la Moneda para saludar al presidente de Chile, Dr. Arturo Alessandri

## Apéndice

### Discurso del Dr. José María Cantiloal inaugurar la Conferencia de Lima (9-XII-1938)

Vibrante aún la profunda y gratisima impresión que me ha acusado la amistosa e inolvidable acogida del Perú, a cuya invitación debo el placer de esta mi visita a Lima, tengo ahora el alto honor de participar de vuestra sesión inaugural y de poder expresar la simpatía y el profundo anhelo de cooperación con que mi país se asocia a vuestras tareas.

No os extrañéis si digo que para mi corazón de argentino el hecho de que esta reunión de la familia americana se realice en esta encantadora ciudad, que es, más que cualquier otra, hogar común para todos los hijos de este Continente, la realza y la prestigia singularmente, vinculándola a grandes y queridos recuerdos del pasado.

Desde 1554, fue jerárquicamente Lima la capital de las colonias españolas en Sur América, por serlo del único Virreinato existente en este Continente, hasta que en 1740 se erigió el de Santa Fe de Bogotá y en 1776 el de Buenos Aires.

Descendientes de aquellos hombres que durante cerca de dos siglos acostumbraron mirar hacia Lima como hacia la más elevada expresión de todo lo que la palabra Estado significa y sugiere, los argentinos aquí presentes experimentaron honda emoción al manifestar, como lo hacemos en hora tan auspiciosa, nuestra solidaridad con el Perú, nuestro amor al pasado común, nuestros recíprocos sentimientos fraternales.

En estos sentimientos comulgan, estoy seguro, todos aquellos hermanos nuestros cuyas patrias están situadas en las Antillas y al norte del istmo de Panamá, y para quienes fue México, en su hora, lo que fue Lima para nosotros. Si en los tiempos coloniales su vida giraba en torno de otro centro cuya acción se extendía hasta las Filipinas, se guiaban por los mismos principios que nosotros y compartían un mismo sistema administrativo; todo lo que se sintetiza en ese admirable cuerpo de leyes de Indias, que es, sin disputa, la creación más original del Derecho hispano.

Estamos todos unidos por la comunidad del origen, de la religión y de la lengua. A través de la España renacentista y medieval nos beneficiamos de la misma cultura inicial. Aquella que creó Grecia, que Roma organizó y que unificó el cristianismo. Esa cultura grecorromana transformada, transfigurada por el Evangelio, hizo nuestra unidad espiritual al margen de la cruz de Cristo y del estandarte de Castilla y en ella podemos sentirnos hermanados con el Brasil, cuyo armonioso idioma difiere apenas del nuestro, y también con Haití, que si no es la única expresión del esfuerzo de Francia en América, es un milagro de la irradiación de su genio: una prueba de que la cultura importa más que la raza.

Dejad que repudie el concepto rígido de raza. Además de ser científicamente objetable, es normalmente peligroso porque pone el acento de un factor material, en lugar de dar al espíritu la gravitación superior que le corresponde. Ni los españoles hallaron el Nuevo Mundo poblado por una sola raza ni la península ibérica constituía una unidad étnica, ni, mucho menos, son de un solo y mismo origen los pueblos de Europa, integrados en la llamada civilización occidental.

Nuestras nacionalidades son como una creación administrativa de las coronas de España, de Francia y de Portugal. Los límites de la mayor parte de las repúblicas hispanoamericanas son los de las antiguas audiencias, virreinos, provincias o gobernaciones.

Nuestro problema no fue, como el norteamericano, forjar una nacionalidad, pasando del esfuerzo individual al "Township" y al condado para formar luego la Federación y el Estado, culminación del edificio que sólo se afianza después de la guerra de secesión. Nuestras nacionalidades habían sido ya creadas aún antes de las guerras de la Independencia. Nuestra evolución histórica es distinta de la angloamericana, como lo son nuestras culturas y nuestros respectivos conceptos del cristianismo.

En cambio tenemos de común con los Estados Unidos que nos precedieron en el camino de la independencia, el esfuerzo para darnos fisonomía propia, diferente de la europea, oponiendo nuestra personalidad a las de nuestras metrópolis y luchando por ella, épicamente, durante las gestas libertadoras. Fueron los Estados Unidos los que nos precedieron en el camino de la emancipación. Su revolución se anticipó a las nuestras. Sus ideales democráticos inspiraron a nuestros libertadores y, en algunos casos, como ocurrió en mi país, la Constitución de Filadelfia sirvió de modelo o de germen para nuestras cartas fundamentales.

Proclamamos una vez más, señores, la existencia, honda e inmovible, de una conciencia continental, de una conciencia americana. Ellas se manifestaron en días gloriosos por la acción de San Martín y de Bolívar. El primero, cruzando los Andes para colaborar en la independencia de Chile; embarcándose en las naves de Cochrane para poner su espada al servicio del Perú. El segundo, coronando en el territorio que perpetúa su nombre, la obra iniciada por las armas argentinas y sellando la cruzada libertadora con el triunfo de Ayacucho, donde según las palabras de Mitre, catorce generales españoles rindieron sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano.

Las campañas sudamericanas contra los ejércitos españoles fueron guerra sin frontera. Fue aquella una empresa continental. En aquellos días augurales no se hablaba de argentinos, chilenos o peruanos. Éramos todos americanos, nos sentíamos tales, y como tales obrábamos.

El Congreso que declaró la Independencia argentina, al dictar el Reglamento constitucional de 1817, dividió los habitantes del país en americanos y extranjeros. La Constitución que se dio la provincia o Estado de Entre Ríos en 1822, exigía como requisito para ser elegido diputado *ser ciudadano natural de América*.

La solidaridad americana, señores, es un hecho que nadie pone ni puede poner en duda. Todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a sostener y aprobar esa solidaridad frente a cualquier peligro que, venga de donde viniere, amenazara la independencia o la soberanía de cualquier Estado de esta parte del mundo. No necesitamos para ello de pactos especiales. El pacto está ya hecho en nuestra historia. Actuaríamos con un solo e idéntico impulso, borradas las fronteras y con una sola bandera para todos: la de la libertad y la justicia.

No es solamente el pedazo de tierra que, llegado el caso, defenderíamos en sagrada unión todos nosotros. Estamos resueltos a rechazar con el mismo tesón, ya por medio de medidas concordantes de carácter preventivo, ya por una acción directa combinada, todo lo que implique una amenaza, toda intromisión de hombres o de ideas que reflejen y tiendan a implantar en nuestro suelo y en nuestros espíritus conceptos ajenos a nuestra idiosincrasia. Ideales en pugna con los nuestros, regímenes atentatorios de nuestras libertades, teorías disolventes de la paz social y moral de nuestros pueblos, fanatismos o fetichismos políticos, no pueden prosperar bajo el cielo de América. Como representante de una patria que, con ser liberal y hospitalaria, no ha dejado nunca de ser argentina, tengo el derecho de hacer estas afirmaciones y las hago con más fuerza que nunca en estos tiempos en que la idea de justicia aparece como la idea litigiosa por excelencia.

Evoco la figura de un gran patriota que sirvió con generoso entusiasmo la causa de la solidaridad americana: Alberdi. "Yo aplaudiré -decía- toda mi vida el sentimiento de aquellos Estados que sacan su vista del recinto estrecho de sus fronteras y la levantan hasta la esfera de la vida general y continental de América. Es llevar la vista al buen camino. Es un gran sistema político; las partes del todo y el todo de las partes".

Y ante el estado lamentable en que veía las nuevas naciones americanas, Alberdi apelaba en su memoria de 1844 a la unión de todas ellas. "Que la América se reúna en un punto -decía-, piense en su destino, hable de sus medios, de sus dolores, de sus esperanzas..."

Sólo casi cincuenta años después, en 1889, se cumplió el anhelo de Alberdi, reuniéndose por iniciativa de Baline la I Asamblea Continental de las Naciones Americanas, casi con el mismo programa sugerido por Alberdi. Programa que, según él mismo, habría de realizarse por etapas. "Será -escribía- materia de muchos congresos que en distintos momentos del porvenir se seguirán reuniendo para ocuparse de aquellos intereses a los que hubiera llegado su oportunidad. Para muchos de ellos se necesitan grandes trabajos preparatorios que sólo el tiempo podrá llevar a cabo. La constitución del Continente, como la de cada uno de sus Estados será la obra del tiempo, para lo cual se sucederán los congresos a los congresos..."

La solidaridad americana no puede tener hoy el mismo contenido que pudo abrigar en sus orígenes. Por un fenómeno común a todos los organismos vivientes, cada uno de nosotros ha ido acentuando a lo largo de su evolución y a través de mil vicisitudes inherentes al crecimiento, rasgos particulares, adentro del marco americano que a

todos nos contiene y a todos nos hermana. La historia como la geografía nos impone a los pueblos latinos de este Continente una unidad espiritual fundada en nuestra vinculación a la misma cultura originaria y en nuestra vecindad. Pero ésta gravita más, como es natural, entre limítrofes. También la historia tanto como la geografía nos solidariza con los Estados Unidos cuya política fue una salvaguardia para los primeros pasos de estos pueblos y cuya amistad hoy encarnada en la noble figura del presidente Roosevelt es una seguridad más para cada uno de nosotros. Pero la Argentina cree que cada pueblo americano con fisonomía inconfundible debe desarrollar su propia política sin olvidar por ello la magna solidaridad continental ni la gravitación de intereses recíprocos que se agrupan por razones geográficas.

A estos postulados obedeció la cancillería argentina ante el litigio boliviano-paraguayo por el Chaco Boreal, desde su iniciación hasta el ejemplar acuerdo, de significación plenamente americana, que se concertó en Buenos Aires, el 21 de julio de este año. A ellos también responden los actos más significativos de mi Gobierno que, obedeciendo a los dictados de la tradición nacional, prosigue la política de Roca, de Sáenz Peña, de estrechar vínculos con los países limítrofes. A los mismos propósitos responden, por fin, mi visita al Perú y mi presencia en esta sesión inaugural de la VIII Conferencia Panamericana.

Solidaridad continental, política propia. Los dos términos no son inconciliables. Si por nuestras posiciones geográficas, por nuestra producción y las características del intercambio cada uno de nosotros tiene sus intereses particulares; si no son los mismos en el Atlántico que en el Pacífico, en la cuenca del Caribe o en el Estrecho de Magallanes, podemos y debemos tratar en común nuestros asuntos comunes como lo venimos haciendo en estas conferencias y estrechando aún más nuestro contacto. Podemos sobre todo y debemos perfeccionar y coordinar los instrumentos de paz ya existentes, incluyendo entre ellos el Pacto Briand-Kellogg, ratificado por la mayor parte de las repúblicas de América.

Vale decir que nuestra solidaridad continental no puede ser excluyente de la que nos une al resto del género humano y que no podemos desinteresarnos de lo que ocurre fuera de América. La Argentina no lo hizo ni lo hará, no sólo por razones de orden económico, sino por imposiciones históricas y de carácter sentimental.

Así como los Estados Unidos sostuvieron en China la política de *puertas abiertas*, y fueron llevados a interesarse por las islas de Hawai y luego, tras la guerra de España, a obtener la cesión de las islas Filipinas, es decir, sostener una política que no era exclusivamente americana, así los intereses que los países del Río de la Plata y no sólo la Argentina, tienen en los mercados europeos, se oponen a ello y gravitan en su política nacional e internacional. Pero las razones económicas no son las únicas, quizá no sean siquiera las más importantes para determinar esta orientación de la política internacional argentina. Sentémonos estrechamente solidarios con la Europa por la inmigración que de ella recibimos y que tanto ha contribuido a nuestra grandeza, por los capitales europeos que fomentaron nuestra producción agropecuaria, nuestros ferrocarriles y nuestras industrias. Pero todavía pesa más en nuestro ánimo el recuerdo



de los hombres que descubrieron y poblaron estas tierras, la tradición cultural que nos legaron. De España recibimos la sangre, la religión. De Francia y Gran Bretaña, igual que los Estados Unidos, la orientación doctrinal de nuestras instituciones democráticas. Si a la madre patria debemos las bases de nuestra literatura, la cultura francesa contribuyó a la formación de nuestra vida intelectual, tanto como Italia y Alemania en aspectos importantes de nuestra evolución. Es europea la influencia que predomina en la enseñanza superior de nuestras universidades, como europeos son en general el plan y los métodos de la que se da en nuestras escuelas.

Todo esto cuenta en la política internacional de la Argentina, como cuenta, estoy seguro, en todos los pueblos latinos de este Continente; como los intereses del Imperio Británico tienen que ser caros, y no pueden dejar de serlo, a nuestros hermanos del Norte.

Queda así determinada la actitud que la delegación argentina ha de adoptar en esta Conferencia, pero nada de esto ha de sumirnos en exclusivismos unilaterales y sectarios. El universalismo, el espíritu ecuménico es tradición en la patria de aquel que un día, en Washington, expuso como lema de la política internacional argentina: *América para la humanidad*.

Creo, señores delegados, que aplicando el criterio de oportunidad recomendado por Alberdi, lo que más que todo se impone en este momento es proclamar desde esta tribuna, con más firmeza que nunca, la unión de los países americanos, mancomunados en el amor a sus instituciones, marchando con la misma fe, sin hegemonías ni predominios, por caminos paralelos, alta la frente y limpia la mirada y resueltos a mantener incólume, por encima de todas las contingencias, sean cuales fueren y vengan de donde vinieren, su integridad material y moral.

Hagamos nuestro el concepto formulado por Montesquieu: *Una injusticia hecha a uno solo es una amenaza hecha a todos*. Opongamos a la abstención egoísta y pasiva frente al mal, un designio de colaboración efectiva, pero libre, soberana, espontánea, al servicio del bien en nuestra América y en el mundo.